

GONZALO MARTÍNEZ DÍEZ (*IN MEMORIAM*)

JOSE ANTONIO ESCUDERO  
Director del Instituto de Historia de la Intolerancia

El 21 de abril de este año 2015 falleció en Villagarcía de Campos (Valladolid) el profesor Gonzalo Martínez Díez, catedrático de Historia del Derecho y eminente medievalista, estrechamente vinculado al antiguo Instituto de Historia de la Inquisición y, en consecuencia, a esta Revista.

Conocí al Padre Gonzalo, como todos le llamábamos, en 1963, cuando él se incorporó al equipo de trabajo del maestro Alfonso García-Gallo, en el que yo acababa de ingresar, y en el que ya figuraba el que sería amigo de ambos y hombre de máxima confianza de don Alfonso, Miguel Ángel Pérez de la Canal. Desde entonces hasta hoy, a lo largo de más de medio siglo, hemos mantenido una relación estrecha, ininterrumpida y siempre afectuosa, iniciada con trayectorias académicas paralelas. En los primeros años sesenta hicimos nuestras tesis doctorales, la suya sobre la colección canónica Hispana. A mediados de esa década ambos fuimos Profesores Adjuntos, y a fines de ella obtuvimos ambos por oposición la plaza de

Profesor Agregado de Historia del Derecho de la Universidad Complutense. Luego accedimos sucesivamente a la cátedra de la Facultad de Derecho de San Sebastián, perteneciente entonces a la Universidad de Valladolid, y uno tras otro fuimos Decanos de esa Facultad. A partir de ahí el paralelismo se rompió, pues el padre Gonzalo pasó a la Facultad de Derecho de Valladolid, donde dejó un nutrido grupo de discípulos, y finalmente a la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid como catedrático emérito. En los últimos años, ya enfermo, residió en Valladolid y, finalmente, en la residencia de los jesuitas de Villagarcía de Campos, donde ocasionalmente le visitamos.

Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Comillas, y en Teología por la de Innsbruck, además de doctor en Derecho por la Complutense, el Padre Gonzalo fue académico numerario de la Academia Fernán González de Burgos, y correspondiente de la Real Academia de la Historia (ni qué decir tiene que le sobaban títulos y méritos para

ser allí académico de número, pero la presencia de otros jesuitas –Batllori, Aldea- dificultó lo que hubiera sido de estricta justicia). Premio Castilla y León de Ciencias Sociales y de Humanidades, cultivó con singular autoridad diversos campos científicos, y entre ellos el visigótico (en especial las fuentes canónicas) y el medieval, pero también el Derecho moderno. En todo caso, su investigación predilecta se centró en la historia de Castilla, tema del que fue primerísima autoridad y del que dan fe libros como *Fernando III* (1993), *Alfonso VIII* (1995), *El Cid histórico* (1999), *Alfonso VI* (2003), *El Condado de Castilla 711-1038* (2 vols., 2005), etc., etc. Una historia de Castilla que él recompuso a base de libros y legajos, pero también en una admirable labor de campo, echándose a los caminos y rastreando *in situ* los testimonios históricos. Viajero incansable, sus amigos siempre hemos recordado el viaje al Congreso Mundial de Ciencias Históricas celebrado en 1970 en Moscú, donde le encontramos los que allí acudimos, pues él había ido por su cuenta en un modesto 600.

Como hemos dicho, además de otras derivas científicas (como la representada por el libro *Los templarios en los reinos de España –2001-*), colaboró activamente con el Instituto de Historia de la Inquisición, precedente del actual de Historia de la Intolerancia, impartiendo conferencias y participando en seminarios. Por encargo del Instituto publicó su libro *Bulario de la Inquisición española hasta la muerte de Fernando el Católico* (1997), que actualizó y completó el que años atrás había escrito Llorca, y que constituye un instrumento de trabajo fundamental para los estudiosos de la Inquisición. Y ya muy recientemente, cuando desde el Instituto dirigió el libro colectivo *La Iglesia en la Historia de España* (2014), nos dejó en él tres magníficos artículos sobre la España visigótica y medieval. El libro se lo llevé yo mismo a

su residencia de Villagarcía, y probablemente esos artículos fueron los últimos que escribió.

El Padre Gonzalo, de ejemplar generosidad como maestro, fue persona de vasta formación, austera y de insólita capacidad de trabajo. En los lejanos tiempos de la tesis y de preparación de oposiciones, recuerdo su sencillo plan diario: decir misa a primera hora y estudiar hasta la noche, sin interrumpirse para el almuerzo pues le bastaban un par de manzanas que tenía sobre la mesa. Dotado de una prodigiosa capacidad de acción, aplicada a las empresas científicas y a los avatares de la vida corriente, al Padre Gonzalo no parecía ponerse nada por delante. En las tareas científicas acometió con brillantez y máxima autoridad todo tipo de temas, y sólo hubo uno, según recuerdo, que le fue impuesto y que le resultó incómodo. Me refiero a la Memoria del segundo ejercicio de oposiciones a cátedra, sobre el concepto y método de la asignatura, que redactó con su empeño y rigor habituales pero un tanto a disgusto y a contrapelo. Su carácter pragmático de investigador, siempre con el apoyo de las fuentes y los datos, no casaba bien con las disquisiciones conceptuales y especulativas. De temple en ocasiones radical y poco dado a componendas, tanto en lo personal como en lo científico (un célebre libro suyo se titula significativamente *Fueros sí pero para todos*) esa actitud habría de flexibilizarse con el tiempo y en todo caso correspondía a la realidad de una persona entrañable, excelente investigador, gran amigo y cristiano de hondas y firmes convicciones. Él vivió con ejemplaridad la traumática experiencia del asesinato de su padre, maestro nacional, en la Guerra Civil, que perdonó y nunca comentó, y afrontó de la misma forma la enfermedad que le llevó a la muerte. Con el testimonio de nuestra admiración y de nuestro emocionado recuerdo, descanse en paz.